Vigilia Pascual 2022

Jerusalén, Santo Sepulcro, 16 de abril de 2022

La celebración de la solemne Vigilia Pascual ante este sepulcro vacío nos introduce en el misterio más grande de nuestra fe, un misterio que experimentamos en los distintos momentos de esta vigilia: la liturgia de la luz, la liturgia de la Palabra, la liturgia bautismal y la liturgia eucarística. Es durante esta celebración que la Iglesia proclama la buena noticia de la Resurrección, particularmente a través del texto del Evangelio que acabamos de escuchar.

Este año, por tanto, meditamos sobre el relato de la resurrección que nos presenta el evangelista Lucas. Es típico de Lucas mencionar a las mujeres que siguieron a Jesús durante su ministerio. Ellas fueron los que permanecieron fieles al Maestro hasta el final. Hablando del entierro de Jesús, Lucas dice: *"Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea siguieron a José, y miraron el sepulcro y observaron cómo había sido depositado allí el cuerpo de Jesús. Luego volvieron a sus casas y prepararon aceites aromáticos y perfumes. Entonces observaron el descanso del sábado, como prescribía la Ley".* (Lc 23,55-56).

Lucas es muy claro sobre el valor de estas mujeres. Las convierte en los primeros testigos cualificados del acontecimiento de la Resurrección. Son ellas los que están físicamente presentes no sólo durante la Pasión y la Crucifixión, sino también hasta el momento del propio entierro, para poder examinar con detalle la forma precipitada en que Jesús es enterrado. Después, vuelven a casa, no sólo para llorar a su amado Maestro, sino también para preparar los ungüentos para el embalsamamiento después del sábado. Un gesto de cuidado y atención, un verdadero gesto de amor, que la muerte no puede detener.

Son las mismas mujeres que, el primer día de la semana, descubren la violación de la Tumba. Lucas insiste en su actitud tan humana: están confundidas y turbadas al ver el sepulcro abierto, y aún más aterradas al ver a los dos hombres que les cuentan el acontecimiento de la resurrección. Pero, a pesar de su miedo, mostrando un gran valor, vuelven a contar a los once y a los demás discípulos lo que acaban de vivir. Y no se las creen. A los hombres, *"estas palabras les parecían delirantes y no las creían"* (Lc 24,11), hasta el punto de que Pedro verifica personalmente el hecho con la autoridad que le corresponde.

Jaffa Gate, P.O.Box 14152 – Jerusalem 9114101 • Tel. + 972 2 628 23 23, 647 14 00 • Fax. + 972 2 627 16 52
E-mail: chancellery@lpj.org • website: www.lpj.org

Lucas menciona a estas mujeres por su nombre: María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago. Insiste en el hecho de que es a ellas, como personas concretas con un nombre y una misión, a quienes se anuncia por primera vez la alegre noticia de la Resurrección. Sin la valentía de estas mujeres, sin el amor libre que las hizo capaces de ver y creer lo humanamente imposible, los discípulos habrían permanecido encerrados tras sus miedos. De hecho, sólo estas mujeres se aventuraron a ir al sepulcro *"el primer día de la semana, al amanecer"* (Lc 24,1); ellas fueron las que desencadenaron el anuncio de la Resurrección, conduciendo a los apóstoles fuera del Cenáculo y, desde allí, al mundo entero.

La idea de la Iglesia reunida en el "Cenáculo" es atractiva. El Cenáculo es ciertamente un símbolo de la comunión de la fe. Es donde el Señor instituyó la Eucaristía y el ministerio sacerdotal. Allí nos dio el mandamiento de amarnos y servirnos los unos a los otros. Fue allí donde se apareció a los apóstoles y a Tomás para fortalecer su fe. Y fue allí donde María, los apóstoles y los discípulos esperaron con espíritu de oración la llegada del Espíritu en Pentecostés. Pero el Cenáculo es también el lugar desde el que la Iglesia debe partir en busca de Cristo resucitado, para aventurarse en el mundo y tratar de comprender el significado oculto de los signos de la presencia de Cristo. Estos signos son a la vez elocuentes y misteriosos; son el signo de una piedra rodada a la entrada del Sepulcro, el signo de una Tumba vacía y aparentemente violada, el signo de un mensaje enigmático pero alegre: *"¿Por qué buscáis a los vivos entre los muertos?* (Lc 24,5).

Quizá también nosotros, tengamos la tentación de buscar a Jesús "entre los muertos". Estamos tentados de clamar al Maestro y rogarle que ponga fin a la cultura de la muerte y la destrucción, que acabe con el odio, las guerras, los conflictos étnicos, el desarraigo de civilizaciones enteras y el destino de millones de inmigrantes desplazados. Ante esta realidad, la alegría de la Pascua parece remota. Y sin embargo, ¡Cristo es el Dios vivo! Esta es una realidad que podemos tocar, no una base ética genérica de valores políticamente correctos. Desde la Pascua, Cristo resucitado está presente y actúa en el mundo; y allí donde la fe viva y eclesial de los discípulos lo acoge, comienza verdaderamente un mundo nuevo, incluso en medio de las contradicciones del presente. Somos verdaderos "buscadores de vida y esperanza": personas que buscan, sabiendo que, oculto pero real, un río de agua viva fluye en el corazón del mundo. Debemos aprender de nuevo a buscar este río, como las mujeres del Evangelio, como Pedro y Juan.

Cristo es la esperanza de quienes lo buscan con fe y coraje. Él es la esperanza de los que no se quedan encerrados en su propia seguridad, que se aventuran a encontrarlo en este mundo agitado. Este es el camino que la Iglesia está llamada a recorrer. Este es el camino que estamos llamados a recorrer juntos como comunidad de fe.

La Iglesia crece y se nutre de la participación activa de cada uno de nosotros. Después de verificar lo que las mujeres habían proclamado, Pedro, según el evangelista Lucas, *"volvió a casa asombrado por lo que había sucedido"* (Lc 24,12). Pedro corrió hacia el sepulcro, confundido e incrédulo ante la palabra de las mujeres. Al igual que los hombres que lo rodeaban, no dio credibilidad al testimonio de este último. Pero vuelve cambiado. Se ve obligado a admitir que el Maestro lo ha sorprendido, incluso asombrado, con el don de su presencia silenciosa y viva. Se ve obligado a reconocer que Jesús ya no está "entre los muertos", es decir, entre los que ya no esperan las sorpresas de Dios.

Dejémonos sorprender por las sorpresas que Dios tiene preparadas para nosotros. Esta es la verdadera alegría de la Pascua. Incluso en medio del sufrimiento y del odio, incluso en medio de todos estos acontecimientos que no podemos controlar, incluso ante los signos de muerte que nos rodean, el Dios del Señor Jesucristo está vivo. No dejará que la muerte gane – exactamente como cantaremos mañana por la mañana en la alegre secuencia: *"Mors et vita duello conflixere mirando"*, "La muerte y la vida se enfrentaron en este maravilloso combate". ¿Cuál fue el resultado? *"Dux vitæ mortuus regnat vivus"*, "El príncipe de la vida, la muerte, el reino inmortal".

Que nuestra Iglesia, donde se anunció por primera vez la gozosa noticia de la Pascua, sea un faro de esperanza para el pueblo de Dios en el camino del Evangelio. Seamos los primeros en caminar juntos, como las mujeres en la mañana del Domingo de Resurrección; ¡Seamos los primeros en correr a anunciar la buena nueva de la esperanza en la Resurrección, juntos, en el mismo camino, proclamando al mundo la razón de nuestra esperanza en Aquel que ha resucitado de verdad!

†Pierbattista Pizzaballa
Patriarca Latino de Jerusalén